



El ahogado

Neil Simon

Al subir las luces, nos encontramos en un paseo a la orilla de un muelle. Es un atardecer **brumoso** con algo de niebla. En el puerto se ven algunas luces de barcos lejanos. Se escucha una sirena de niebla.

El Escritor entra con su bastón. Usa un chaquetón para protegerse del frío de la noche.

Escritor.— (Se detiene, mira al mar y se volteá al público). Solo tomo un poco de aire de la noche para aclarar mi mente. (Toma un gran respiro y exhala). Ahh, qué bueno es. Es maravilloso. El mar es tan refrescante... revitaliza mi cuerpo completamente. (Otro gran respiro). Pero mi mente está bloqueada. No tengo pensamientos ni ideas. Muy raro en mí. La mayoría de las veces, las ideas inundan mi cerebro y luego se desbordan como una cascada. Y esta noche, nada... y todavía conservo el deseo de escribir. Algo llegará, no teman. Siempre sucede. Estas cosas siempre le ocurren a todos los escritores de mi profesión en algún momento de sus vidas. Los escritores se bloquean, así decimos. Que no cunda el pánico, pasará pronto. ¡Esperen! ¡Esperen un momento! Me está llegando una idea. Sí... Sí, ajá... ¡Ajá! Terrible. Una mala idea. Falsa alarma. Perdonen que los haya molestado. No solo fue una mala idea, sino que ya la había escrito antes. Salió fatal. No durará mucho esto. Es solo un bloqueo temporal, aunque para ser temporal, ha sido un poco largo. No me llega nada. Mis nervios se crispán. Oh, Dios mío, ayúdame... pero no, olvídalos. No debo depender de la colaboración del Todopoderoso. ¡Qué egoísta! Pedirle a Dios que me ayude a escribir un cuento. Dios mío, perdóname. Mejor me voy a casa a tratar de dormir. Mañana será otro día. Si algo se te ocurriera durante la noche, te agradeceré mucho que me lo dejes saber. Aunque solo sea el germen de una idea. No tiene que ser original. Soy muy astuto **tergiversando** cosas. ¡Miren hasta dónde ha llegado mi desesperación! Y que pedirle a Dios que recorra al **plagio** para que me ayude con mis cuentos. A casa... mejor me voy a la cama antes de que esto se ponga serio. (Se volteá y comienza a salir cuando una figura aparece entre las sombras y lo llama).

Vagabundo.— ¡Psst! ¡Usted, señor! ¿Me permite hablar con usted un momento, señor?

Escritor.— (Se volteá y mira). ¿Quién anda ahí? No lo puedo ver en la oscuridad. (La figura se acerca a la luz. Sus ropas están **desvencijadas** y parece haber caído en desgracia. Necesita una afeitada y sus guantes tienen los dedos cortados. Fuma una colilla de cigarrillo).



Vagabundo.— Buenas noches, señor... Estaba pensando, señor, si a usted le gustaría tener esta noche un poco de... eh, eh, ¿entretenimiento?

Escritor.— (Sospechosamente). ¿Entretenimiento? No estoy seguro de lo que me está hablando. (Se volteó).

Vagabundo.— Claro que sí, señor. Entretenimiento, diversión, digamos. Un poco de diversión, ¿eh? Sí sabe a lo que me refiero.

Escritor.— Creo que sé a lo que se refiere y no estoy interesado. Siga su camino, amigo. Debiera pensarla mejor antes de hacer tal proposición a un caballero.

Vagabundo.— Usted nunca ha sido testigo de algo como «esto», se lo prometo. Esta oferta es única. ¿No está siquiera un «poco» curioso?

Escritor.— La curiosidad es natural en mi profesión. Pero trato de mantenerla moralmente elevada... excúseme.

Vagabundo.— Tal vez usted tenga razón, señor. Pensándolo bien, sería demasiado para un caballero con sus «sensibilidades».

Escritor.— (Se volteó). ¡Espere!

¿Qué quiere decir el escritor con que trata de mantener su curiosidad “moralmente elevada”?



Vagabundo.— (Se volteó rápidamente). Lo atrapé con eso último, ¿verdad?

Escritor.— Solo por preguntar, este... exactamente, ¿en qué consiste ese «entretenimiento»?



Vagabundo.— (Se acerca, casi confidencial). Bien señor... ¿le gustaría ver a un hombre ahogado?



Escritor.— ¿Perdone?

Vagabundo.— ¡Un ahogado! Un hombre con sus pulmones llenos de agua salada y muerto como una piedra. ¿Cuánto pagaría por eso?

Escritor.— ¿Pagar? ¿Pagar por ver a un ahogado? ¿Está loco? No vería a un ahogado ni aunque me pagaran. ¿Por qué querría ver a un ahogado? ¡Usted está mal de la cabeza, fuera de aquí!

(Lo aparta con el bastón y comienza a caminar, pero el Vagabundo corre a su alrededor).

¿Por qué en la ilustración aparecen billetes en el mar? ¿Qué representan?

¿Cuál es la reacción del escritor ante la propuesta del Vagabundo?

¿Con qué adjetivos describirían al Vagabundo?



Vagabundo.— Tres [rublos](#), señor. Es todo lo que le costará. Tres rublos por verlo antes de que entre al agua, después lo verá agonizando, luego ahogándose y luego el hombre ya ahogado descansando en paz.

Escritor.— ¿Pero qué dice usted? ¿El hombre no se ha ahogado todavía? ¿Todavía está vivo?

Vagabundo.— No solamente eso, sino seco como un hueso y parado delante de usted. Yo soy el ahogado, señor.

Escritor.— ¿Usted? ¿Va usted a ahogarse por tres rublos? ¿Y encima espera usted que yo me haga responsable por su propio suicidio? Definitivamente debo alejarme de este lunático.

Vagabundo.— No, no, no... ha entendido mal, señor. No me voy a ahogar. Yo «caracterizo a un ahogado». Salto al agua helada, chapoteo un poco, agito mis brazos, grito socorro unas cuantas veces, me hundo —«gluglú, gluglú, gluglú»— y salgo flotando boca abajo, como si estuviera hinchado. Le sacaré unos buenos escalofríos. Tres rublos para representaciones individuales, tarifas especiales para grupos. La función comienza en dos minutos.

Escritor.— No puedo creer que esté discutiendo el precio para ver un ahogamiento.

Vagabundo.— Se equivoca, señor. Esto no es una emoción cualquiera. Es un montaje rico en [implicaciones](#) sociales. Un drama, que no es trágico, pero sí irónico, por sus situaciones cómicas.

Escritor.— ¿Cómico? ¿Dónde está lo cómico?

¿Por qué el Vagabundo le dice al escritor que le sacará “unos buenos escalofríos”? ¿A qué intereses o sentimientos apela?



Vagabundo.— Inflo mis cachetes y hago brotar mis ojos. Pido ayuda con voz chillona... suena como un cerdo en el matadero. Soy el único en la costa que puede hacerlo.

Escritor.— ¿Usted realmente pretende que yo pague por oír a un cerdo submarino chillando?

Vagabundo.— Acabo de tener una temporada exitosa, señor. Todo vendido en marzo. ¿Qué me dice, señor? ¿Le hago una reservación para la función de la una?

Escritor.— ¿A qué se refiere con eso de la «función de la una»?

Vagabundo.— Pues, que yo me tiro, me agito un poco y a mitad del espectáculo le lanzo a usted un buen pescado. Creo que hay buenas manadas de peces por aquí.

Escritor.— ¿Por qué tengo que escuchar todo esto?

Vagabundo.— Decídase pronto, señor. Dentro de cinco minutos aquel restaurante tira toda su basura al agua y esto se convierte en un **reguero** tremendo. Y yo tengo mi orgullo.

Escritor.— Al diablo con eso. Su orgullo no evita el que usted se trate de ganar la vida imitando a un nadador muerto.

Vagabundo.— Usted sí que sabe golpear los puntos débiles de un hombre. Eso fue muy cruel, señor.

Escritor.— Lo siento. No pretendí ser cruel.

Vagabundo.— Usted pasó por alto los aspectos más apreciables de mi profesión. Mire, ¿ha visto usted a un minero de carbón al final de su día? La suciedad y la mugre le cubren el cuerpo. Sus orejas y nariz están llenos de hollín, sarro negro en sus dientes. Es repugnante... O un barbero cuando llega a casa en la noche con pedacitos de pelo de otra gente pegados a sus manos. Le caen en su pan, en la sopa, es **nauseabundo**. ¿Sabe usted dónde ponen sus manos los cirujanos...?

Escritor.— Oh, por favor.



Vagabundo.— ¿O dónde planta sus pies un granjero? Todo hombre que trabaja siempre toca algo sucio. Por otro lado, yo trabajo con agua. El agua es mojada, limpia y purificadora. No tengo que tomar un baño en la noche cuando llego a casa. Ya lo he hecho. ¿Puede decir lo mismo el señor?

¿Por qué fue cruel el escritor?



Escritor.— ¿Piensa que voy a discutir mis hábitos sanitarios con usted? Dios mío, usted es insopitable. Debe haber un carroaje por aquí. (Llama). ¡Cochero! ¡Cochero!

ahogamiento y ya yo me habré ido. Esta es mi última semana aquí. Cierro los domingos. La semana próxima estoy en Yalta. (Un Policía camina por el fondo).

Escritor.— Aquí hay un oficial de la policía. Ahora, si no me deja en paz, haré que lo arresten por mendigar.

Vagabundo.— No estoy mendigando. Mi negocio es el entretenimiento marítimo.

Escritor.— ¡Ahogarse no es un entretenimiento marítimo! Usted es un lunático costero. ¡Oficial! ¡Oficial!

Vagabundo.— (Yéndose). Me voy. Le diré una cosa, el negocio de ahogarse no es lo que solía ser. (Corre y se esconde. El Policía camina rápidamente hacia el Escritor).

Policía.— ¿Puedo ayudarle, señor?



Escritor.— Hay un hombre tras ese muelle. Ahí. Ha estado molestándome toda la noche. No me sorprendería que estuviera *trastornado*.

Policía.— Hay muchos personajes raros por estos muelles durantela noche, señor. ¿Por qué lo estaba molestando?

Escritor.— Bueno, le advierto. Encontrará esto muy extraño. Quería cobrarme tres rublos por verlo ahogarse. ¿Se lo imagina? (*El Policía lo mira extrañamente*).

Según la ilustración ¿Qué actitud tiene la policía frente al escritor? ¿Le cree? ¿Comparte su preocupación? Observa su postura y su gestualidad.



Policía.— ¿Extraño? Es un robo. Eso no vale más de sesenta *kopeks*. Usted puede ver un ahogamiento tan fino como desee sin pagar un centavo más. ¡Tres rublos! ¡Qué atrevimiento!

Escritor.— Oficial, usted parece estar confundido. **Policía.**— Hay dos hermanos en el siguiente embarcadero que por un rublo hacen un ahogamiento doble. Tiene que saber cómo negociar con estos tipos, señor. Consiga algo que valga lo que usted paga.

Escritor.— No es cuestión de precio.

Policía.— Tres rublos... ¿A cuenta de qué? El otro día, allí mismo, catorce hombres actuaron todo un naufragio por tres rublos. En un buen día, por diez rublos podría conseguir que se hunda una flota completa. Sí, señor. Sesenta kopeks es lo que pagaría por un buen ahogamiento. (*El Policía saluda y camina en dirección opuesta. El Escritor queda perplejo, sin saber qué hacer*).

Escritor.— (Mientras el Vagabundo sale de su escondite). Ya está aquí... Por fin ha llegado el día en que todo el mundo se ha vuelto loco. Ya está aquí, sí señor.



Vagabundo.— ¡Pssst! ¡Pssst! Veo que el policía se ha ido. ¿Qué le dijo usted, señor?

Escritor.— Le dije la verdad. Que usted está mentalmente desbalanceado. Desafortunadamente, él estaba más desbalanceado que usted.

Vagabundo.— Aun así aprecio el que usted no causara ningún problema, y en agradecimiento, le haré una grandiosa rebaja en el precio... ¡ochenta kopeks!

Escritor.— (Furioso). ¿Ochenta? ¡Ochenta, ladrón! ¡Es usted un miserable estafador y un ladrón, no le pagaré más de sesenta!

Vagabundo.— ¿Sesenta? ¿Sesenta kopeks por ahogarme? ¿Pero dónde están mis ganancias? Mis toallas me cuestan cuarenta kopeks, y otros cuarenta el tipo que me rescata. Perdería dinero. ¿Para qué lo iba a hacer entonces?

Escritor.— No me puede engañar, señor. Sesenta kopeks por ahogarse, tómelo o déjelo.

Vagabundo.— (Refunfuñando). Es usted un terco, señor. Muy terco. Acepto los sesenta kopeks. (Extiende la mano). Lo único que le ruego a Dios es que a mi hijo no le dé con seguirme en esta profesión.

Escritor.— (Contando el dinero). Treinta, cuarenta, cincuenta y sesenta. Aquí está su dinero. Ahora, ¿dónde debo pararme?

Vagabundo.— (Guarda el dinero en un pañuelo). Justo en la orilla del muelle, señor. Bien cerca, desde allí verá toda la acción. (Camina a la orilla del muelle).

Escritor.— Está oscuro allá abajo. ¿Está seguro de que lo veré bien? Vagabundo.— Eso es lo que lo hace tenebroso. Mientras más tenebroso, más entretiene. De todas maneras, toda la acción está en los últimos diez segundos. Bien, ahí voy. Oh, casi lo olvido. Cuando saque la cabeza por tercera vez, grite con toda la fuerza de sus pulmones, ¡Popnichefsky! ¡Popnichefsky!

Escritor.— ¿Quién es Popnichefsky?

Vagabundo.— El tipo que salta y me rescata. **No sé nadar, señor.**

¿Qué información nueva aporta este dato? ¿Cómo crees que reaccionará el escritor?



Escritor.— ¿Que no sabe nadar? ¿Está tratando de decirme que se va a ahogar sin saber nadar?

Vagabundo.— Es lo que lo hace tan excitante. Popnichefsky siempre espera hasta el último segundo para tirarse al agua y sacarme. Está en el restaurante, dándose un trago. Popnichefsky... no olvide su nombre, señor... Bueno, espero disfrute el espectáculo. Si le gusta, dígaselo a sus amistades... Al charco, o a la sopa, como decimos aquí... (*Salta y pide ayuda*). ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Me ahogo! ¡No sé nadar! ¡Ayúdeme!

Escritor.— Por aquí... un poco más hacia acá, que no lo veo bien.

Vagabundo.— ¡Oh, Dios! ¡Socorro! ¡Alguien que me ayude, me ahogo!

Escritor.— Bien, muy bien. Sí, es muy bueno en eso, pero ya está bien. No quiero ver eso otra vez, no tengo toda la noche... ¿Puede ahogarse de una vez, por favor?

Vagabundo.— ¡¡¡AAAGGHHHHHHH!!!

Escritor.— ¿Me escucha? Me gustaría que se ahogara, ahora... ¿Dónde diablos está? Ah, ahí está... Esa es la tercera vez, ¿verdad? (*Listo para llamar a Popnichefsky*). Mal rayo sea... ¿cómo es que se llama ese tipo?
(Apagón brusco).

En *El buen doctor*. San Juan: Facultad de Humanidades, Universidad de Puerto Rico.

¿Por qué el desenlace de la obra puede entenderse como tragicómico?